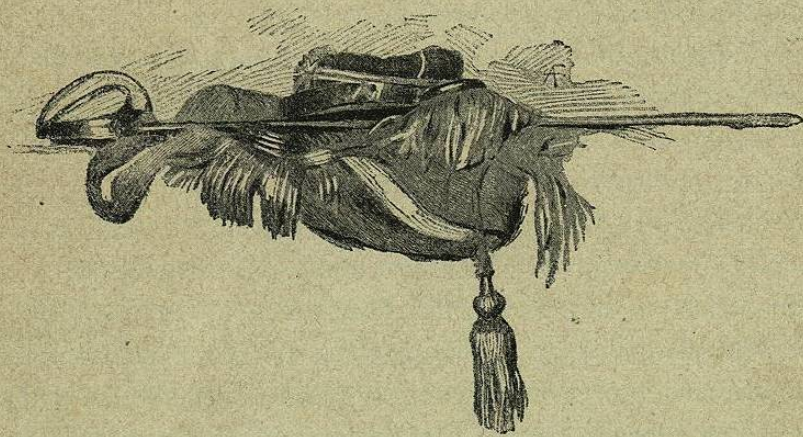


tas almas queridas y una patria tan bella; pero también brillará en nuestro rostro esa sonrisa tranquila y serena, que es como la aurora de una nueva juventud y que endulza la amargura de la despedida con la tácita promesa: ¡No ha de ser para siempre!



CAMILA

I

Como una anciana señora de la ciudad de *** necesitase una criada, escribió á una amiga residente en una ciudad vecina rogándole que le enviara la suya, pues aquella amiga debía marchar en breve de Italia.

No se hizo esperar la contestación, que fué afirmativa. «La muchacha, decía la carta, saldrá mañana. No puedo dar á usted informes acerca de su familia, porque se ha negado á ello y yo no he podido proporcionármelos, pues ni siquiera ha querido decirme de qué tierra es. Si otra mujer se hubiese empeñado en guardarme ese secreto, le habría contestado: No me diga usted nada y vaya con Dios. Pero con esa joven no tuve tal resolución, pues me pareció desde luego tan buena, tan honrada y tan agradable, que hube de admitirla sin meterme en más averiguaciones. Quizás tenga que avergonzarse de sus parientes, y por eso no querrá que se los conozca. Sea de ello lo que fuere, estoy íntimamente persuadida de que ella no tiene la culpa de ese misterio. Se la envió á usted, pues, sin temor. Téngale alguna consideración, y ahórrele fatigas, porque está débil y enfermiza. Y además, sepa usted que es bonita.»

Llegó la joven, se presentó á la señora tímidamente, sonreía con agrado, gustó y quedó admitida. Se llamaba Camila. En realidad no era bella, sino simpática; un poco pálida y melancólica, y únicamente sonreía cuando le hablaban, por cortesía.

Desde los primeros días la señora procuró averiguar algo

respecto á su familia. Se turbó, contestó con evasivas, no parecía sino que aquellas preguntas le hacían daño. La señora quería saber al menos dónde había nacido, y la muchacha pronunció el nombre de un pueblo, el primero que se le ocurrió y de un modo que parecía significar: «No es ese; pero lo digo para salir del paso.» La señora no insistió, y por fin decidió no preocuparse por ello.

De día en día se mostraba más diligente, más dócil, más agradable. La hija pequeña de la casa la tomó mucho cariño; la misma señora no hacía más que congratularse y alabarla con palabras que parecían inspiradas por viva simpatía, siendo esto causa de que el marido se burlara de ella, diciéndola que tenía un carácter novelesco subyugado por la fascinación del misterio, pero que el tiempo haría luz y la luz aclararía Dios sabe qué cosas. Pero el tiempo no reveló nada y Camila se hizo querer cada vez más.

No tenía más que un solo defecto, si puede calificarse de defecto una desgracia; era una exagerada sensibilidad nerviosa que la hacía estremecerse á cualquier ruido repentino, á la inesperada aparición de una persona, al oír una voz que la llamase desde otra habitación, ó á cualquier movimiento, sonido ó vista para los que no estuviese preparada. A veces casi se ponía mala. No se podían leer delante de ella cosas tristes, ni relatos de crímenes, ni descripciones de funciones teatrales en las cuales hubiese la más remota idea de un peligro, sin que diese tan manifiestas señales de turbación y de pena que obligaba á guardar silencio al narrador más obstinado. Una ó dos veces al mes tenía que meterse en cama sin que para ello hubiera otra causa que estas sacudidas, y se estaba en ella, primero dolorosamente agitada y después tan postrada como si saliera de una grave enfermedad.

Una noche toda la familia estaba reunida en el comedor, y Camila sentada en un rincón. Era ya tarde; quién leía, quién escribía, nadie hablaba, ni se oía respirar. En la galería había macetas, y tan sólo el rumor de las hojas sacudidas por el viento y los sonidos lejanos de una campana turbaban aquel silencio. De pronto se oyó en una pieza contigua un fuerte golpe como el de una cosa pesada que cayera de alguna altura, y al mismo tiempo un agudísimo grito. Casi al momento, otro grito más agudo que el primero salió de boca de Camila. La señora, el marido, los hijos, sin cuidarse de ésta, corrieron á la otra habitación... «No ha sido nada,» gritó la madre al poco rato. Era la niña, que buscando á obscuras el cordón de la campanilla para dar un chasco, había tropezado con un grueso martillo colgado de la pared, y el martillo le cayó á los pies. Todos volvieron al comedor, y encontraron á Camila tendida en el suelo. La levantaron y vieron que tenía la cara ensangrentada; al lanzar el grito se había desmayado, y al caer se había dado un golpe en la frente contra una banquetta. La llevaron á la cama, donde volvió en sí; pero le dió una calentura tan fuerte que todos se alarmaron. Cuando pudo hablar, preguntó la causa de aquel golpe y de aquel grito; se la dijeron; al principio parecía que no quisiese creerla; no se encontraba bien, y prorrumplía en exclamaciones incoherentes. Luego pareció recobrar la razón; entonces hizo que la explicaran de nuevo lo sucedido, pidiendo perdón por la molestia de que era causa, y se echó á llorar. Procuraron consolarla. «¿Por qué lloras?» le preguntó la niña. Y ella, llorando con más fuerza, le contestó: «No lo sé.»

Al día siguiente llamaron al médico, el cual se presentó; pero antes de entrar en el cuarto de Camila, hizo que le refirieran todos los incidentes que habían precedido á la dolencia.

31042

Entró, reconoció á la enferma, se informó acerca de su estado presente, y luego le preguntó:

— Dígame usted; ¿ha tenido alguna vez un gran susto?

La joven se agitó violentamente, y de pálida que estaba, se puso lívida.

— Contésteme usted francamente; se lo pregunto por su bien.

— No he tenido ningún susto..., dijo Camila entre dientes, meneando la cabeza y procurando hacer memoria.

— ¿Me lo puede usted asegurar?, preguntó el médico.

— ...Sí.

— Perdóneme si insisto. Usted, quizás por ciertas razones particulares, no me querrá decir la verdad; pero no me cabe duda de que ha tenido usted algún gran susto, que le debe haber hecho mucho daño; dígamelo: ¿ha sido una caída?, ¿algún peligro corrido por usted ó alguna persona de su familia?, ¿un crimen cometido en un camino ó en el campo, del que ha sido usted testigo sin poderlo prever?

Camila se puso á temblar como si le atacase la fiebre; luego cerró los ojos y volvió la cabeza al otro lado dejándola caer pesadamente sobre el hombro.

La niña dió un grito.

— No es nada, dijo el médico; déjenme solo con ella: quizás no quiera confiar su secreto á nadie más que á mí.

Todos se retiraron.

Salió al cabo de un cuarto de hora y la familia le rodeó.

— No he podido sacarle una palabra del cuerpo, dijo el médico; pero estoy más convencido que nunca de que una gran conmoción de espanto ha sido la causa de su enfermedad; ella no quiere decir nada: prueba de que aquí hay algo oculto. La dolencia es grave y el sistema nervioso ha tenido una sacudida

funesta. A lo que presumo, esa joven era ya de una compleción bastante delicada; el golpe, que quizás no habría perjudicado á una persona robusta, ha sido demasiado fuerte para ella. Ustedes podrán probar á descubrir algo; pero no es menester; la naturaleza de la enfermedad es bastante ostensible.

A una última pregunta que se le hizo mientras abría la puerta para marcharse, respondió en voz baja pocas palabras que dejaron á todos pensativos.

La enferma empeoró rápidamente. Con frecuencia tenía delirios seguidos de postraciones mortales y de letargos profundos. Cuando deliraba hablaba, y todos recogían afanosamente sus palabras, para ver si podían deducir algo del caso que con tanto interés ocultaba; pero nada consiguieron. Sin embargo, observaron un movimiento que hacía á menudo, y era que se cubría el rostro con las manos y movía la cabeza como se suele hacer al ver de improviso algo que nos causa horror. A veces se sentaba en la cama y miraba el suelo de un lado á otro con los ojos extraviados como si en él hubiera algo esparcido que se moviese. De pronto, en los momentos de mayor agitación hacía un ademán para imponer silencio, se ponía una mano detrás de la oreja como para recoger mejor un sonido lejano, y gritaba con acento de terror: «¡Abajo!» Pero la idea más extraña, á la que volvía á cada momento y á veces también cuando su imaginación estaba tranquila, era que alguien quería llevarsele la ropa; un par de vestidos y un poco de ropa blanca guardados en un pequeño baúl junto á la cama. Continuamente tenía los ojos clavados en él; cualquiera habría dicho que había allí algún gran secreto. Un día dijo que quería quemarlo todo, y la niña le contestó que no se lo permitirían. «En ese caso, dijo, prométeme que lo quemarán cuando me haya muerto.» Por lo demás, siempre estaba ama-

ble y resignada, y no cesaba de dar gracias á sus amos por los cuidados que le prodigaban y el afecto que la tenían. «Conozco que me voy á morir, dijo un día á la señora; estoy preparada; pero siento morir aquí y dar un disgusto á los que me han hecho tanto bien;» y mirando en torno añadió: «y contristar á toda la familia. Mi buena señora, hágame usted un favor; disponga que me lleven al hospital,» dijo con voz suplicante.

Una mañana escribió una carta con mucho trabajo y gran secreto. La hija lo advirtió y le dijo que se la diera para hacerla llevar al correo; pero Camila se negó y le rogó que hiciera subir á la portera, la cual no sabía leer. La portera subió y Camila le metió la carta en el bolsillo, haciendo que la prometiese que la echaría al buzón sin enseñar á nadie el sobrescrito.

En tanto iba perdiendo las fuerzas y el médico no le daba ya más que pocos días de vida. Una noche, aquejada de uno de los acostumbrados accesos de fiebre nerviosa, después de largos espasmos, pero con la imaginación despejada hasta el postrer momento, expiró. No se pudieron entender sus últimas palabras con las cuales parecía que quería revelar algo.

Entonces se convino en practicar nuevas pesquisas acerca de su familia, para poderle enviar al menos la ropa de la joven, no porque se creyese que sus parientes la reclamasen por lo que pudiera valer, sino porque se suponía que agradecerían aquel recuerdo. Se escribió, se hizo preguntar, indagar, y por fin, se pensó en abrir el baúl para ver si había en él alguna carta ó indicio del pueblo en que había nacido y quiénes eran sus padres. Abrióse el baúl en presencia del médico y de toda la familia; la señora sacó uno por uno los vestidos y las piezas de ropa blanca, y en el fondo, en medio de dos ó tres líos, se



Se cubría el rostro con las manos y movía la cabeza

encontró una carta abierta. La señora la cogió y la leyó: eran unas cuantas líneas escritas por Camila; una carta sin dirección, dejada á medio escribir: «... Desde aquel día siempre he estado enferma, perdía las fuerzas y no podía dedicarme á las labores del campo. Por esto en mi casa me trataban mal y me decían que no era buena para nada, y á menudo también me echaban en cara lo sucedido contigo, y me hacían comprender que sospechaban que yo te hubiese aconsejado. Esta sospecha acabó por quitarme el valor, y ellos me habrían echado de casa porque les era inútil; pero yo tomé la resolución de ir á servir á la ciudad, y esperaba encontrar alguna buena familia que tuviese compasión de mi estado y me admitiese en su casa para hacer trabajos que no requiriesen tanta fatiga; además no podía permanecer en aquella casa después de lo sucedido, porque me daba miedo y padecía mucho. Heme ahora en la ciudad, donde he tenido la suerte de dar con una buena familia; pero no digo nada á nadie ni lo diré tampoco; solamente al pensar que pueda saberlo alguien me parece que se horrorizaría de mí que no tengo ninguna culpa, y ni siquiera quiero que en casa reciban noticias mías; los perdono, pero me han tratado demasiado mal dejándome marchar sola, enferma como estaba y sin protección...»

— Hay algo más escrito, dijo el médico.

La señora volvió la hoja y vió en efecto unas cuantas líneas en medio de una página llena de tachaduras que borran enteramente lo escrito. «He hecho después un lío con aquel vestido, y para apartarlo de mi vista lo he metido en el fondo del baúl. Han pasado ya muchos meses y aún me parece habérmelo puesto ayer; y no he tenido valor para tocarlo; apenas alargo la mano, me pongo á temblar y casi me faltan las fuerzas...»

— Veamos el lio, dijo la señora dejando la carta en su sitio, y sacó del baúl un paquete envuelto en un papel. Rompió éste y sacó un vestido de mujer.

— ¿Qué es esto?, exclamó asustada la señora mirando á todas partes.

El médico se caló los anteojos, cogió el vestido, lo miró detenidamente, y dejándolo caer al suelo, dijo: «¡Está manchado de sangre!»

Este descubrimiento dió lugar á multitud de conjeturas y de sospechas; pero no aclaró el misterio. Por lo demás, la familia no practicó indagaciones, y poco á poco se fué dando el asunto al olvido. Pero una noche, ya tarde — cerca de un año después de la apertura de baúl, — llamó á la puerta un desconocido solicitando hablar con la señora.

Ésta lo recibió en la entrada, junto con su marido y sus hijos. Era un joven de veinticinco años, pálido, pobremente vestido, de largos cabellos, de aspecto de mendigo, y con unos ojos que no inspiraban á la verdad confianza.

Le preguntaron qué quería.

Él miró á su alrededor con aire atónito como si quisiese reconocer la casa, y enseñando un pliego de papel que llevaba en la mano, preguntó humildemente:

— ¿Son ustedes los señores ***?

Le contestaron que sí.

— Aquí ha servido, prosiguió, una joven que se llamaba Camila y que ha muerto.

— Sí, ha muerto, respondió la señora mirándolo con mucha fijeza.

— Y..., preguntó el joven con voz conmovida, ¿cómo cayó?

— ¿Que cómo cayó?, preguntaron todos con extrañeza.

— Pero ¿no murió á consecuencia de una caída de la ven-

tana, teniendo apenas tiempo de escribirme?, repuso el joven enseñando otra vez el papel.

— De lo que murió fué de una enfermedad nerviosa, contestó la señora; una enfermedad que la hizo sufrir mucho tiempo matándola casi de consunción, á causa de un gran susto que, según se dice, tuvo no se sabe cuándo; una desgracia, ¿qué sé yo? De seguro algo terrible — y le miraba de hito en hito.

El desconocido se quedó un rato sin contestar, con la boca y los ojos muy abiertos; luego empezó á contraer las facciones, á temblar con todo su cuerpo y á mirar á sus interlocutores con expresión de angustia; por fin lanzó un grito doloroso y echó á correr escalera abajo.

Todos salieron en su persecución, pero corría tanto que no pudieron alcanzarlo.

Fácil es formarse idea de la curiosidad y las sospechas que debió causar la visita inesperada de aquel hombre. Por espacio de muchos días no se pensó ni se habló de otra cosa: quién aconsejaba dar cuenta del suceso á la policía, quién echarse en busca del desconocido por la ciudad, quién reanudar las pesquisas acerca de la familia de Camila. Cuando una noche, que estaba el médico en la casa y se trataba del acostumbrado tema, se oyó llamar á la puerta y poco después la voz de la criada que decía desde la habitación contigua:

— Señores, vengan ustedes pronto, que yo tengo miedo.

Todos acudieron: era el desconocido, más pálido y destrozado que la primera vez, pues la ropa se le caía hecha jirones.

— ¿Qué viene usted á buscar?, le preguntaron.

Miró á la señora como si no la hubiera visto nunca, y dijo:

— ¿Son ustedes los señores ***?

— Ya le dijimos á usted que sí.

— ¿No ha servido aquí una joven que se llamaba Camila y que ha muerto?

— Pero ¿no se lo hemos dicho ya?, exclamaron todos maravillados.

— Dispénsenme, dijo el médico haciendo una seña á la familia; y acercándose al desconocido, lo cogió del brazo y le dijo con agrado: Vaya usted con Dios, buen hombre; aquí no tiene usted que hacer nada; ¡ea, váyase!

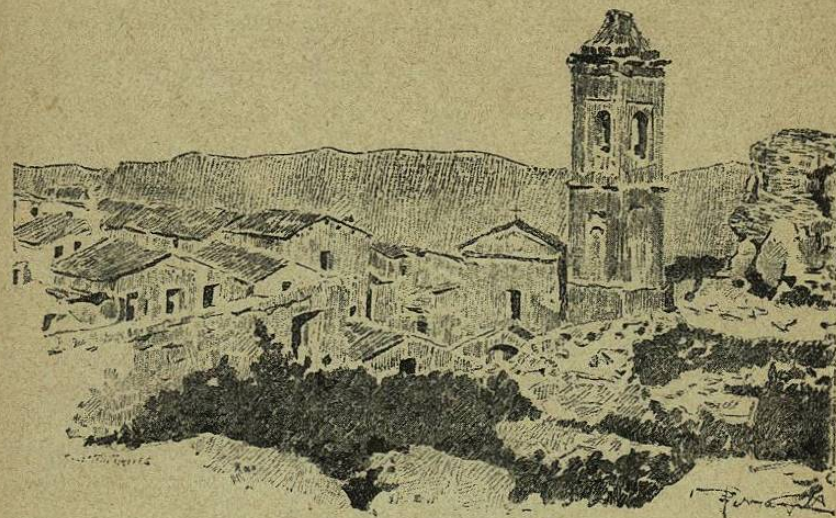
Y lo echó fuera poco á poco y cerró la puerta. Luego se volvió á la familia, que esperaba una explicación, y dijo:

— Ese joven se ha vuelto imbecil.

II

En la provincia de ***, en el Piamonte, hay un pueblo al que la gente de las cercanías llama el pueblo de los *Hocicos duros*, burlándose de la seriedad de sus habitantes. Y deben ser en efecto los más serios de la provincia, si es cierto que la naturaleza del sitio en que se nace produce siempre algún efecto en la índole y en los caracteres, porque el pueblo está situado en una profunda hondonada, escasa de luz, casi siempre cubierta de niebla y circundada de montes altos y peñascos. Pero aquel *duros* se refiere mejor á las cabezas que á las caras, porque el campesino de aquella tierra tiene en alto grado el carácter del campesino piamontés: bueno, honrado, laborioso, pero más duro que una piedra siempre que sea cosa de cambiar de parecer, de ceder, de doblegarse. Y así como en el mercado, para reducirle á dejarnos pasar después de decirle tres veces «Con permiso,» hay al fin que dar cinco pasos atrás, tomar impulso de costado y empujarle de modo que se le arroje contra la pared, así también, cuando se trata de desarraig-

le un prejuicio, de hacerle desistir de una resolución, el más pacienzudo y vigoroso razonador del mundo pierde la paciencia y la voz, y tiene que confesar al fin, como dicen las madres á los hijos testarudos, que no queda otro remedio sino retorcerle el pescuezo. Son, pues, muy rígidos y tercos, pero no ca-



El pueblo está situado en una profunda hondonada

recen de inteligencia. Les cuesta trabajo comprender, y se quedan un rato con la mirada vaga y la boca abierta antes de atrapar una idea; mas luego la aprisionan en su mente tosca, y la guardan como envidiosos de la conquista con una tenacidad tan grande, y la dan vueltas y más vueltas y la rumian de modo que al fin acaban por poseerla y comprenderla mejor que cualquier hombre de inteligencia despejada que la haya cogido al vuelo. Pero esta comprensión premiosa, de la que ellos mismos están persuadidos, es una especie de astucia burda que los hace temer siempre que los engañe la gente más diestra, y comunica á sus maneras y á su lenguaje un encogi-